

Marlene, de objeto a mito

Alfredo Taján

La alemana Marie Magdalena Dietrich, mundialmente conocida como Marlene Dietrich (1901-1992), ejerció como Ángel Azul mefistofélico y refinado, y posteriormente, en distintas reencarnaciones, como vampiresa armada, fronteriza, inestable, independiente. Marlene resucitó, una y otra vez, durante más de cinco décadas, desde los años veinte a los años setenta, y su encantamiento peculiar se manifestó, y manifiesta aún, como una pasión secreta, una pasión idéntica a la fragilidad obsesiva que inspira otro arcángel literario, otro arcángel de la muerte, el Heurtebise cocteau-niano, mágicamente herido en la frente por una bola de nieve, ¿o era Dargelos?, da igual, porque se trata de la misma obsesión, se trata de un viaje sin retorno por el submundo de la noche, traslado sinuoso en una ambulancia especial que pierde, gota a gota, el aceite de los ismos: se trata del mito del desfallecimiento que se retroalimenta, un águila de dos cabezas enfrentada a sí misma.



Objeto de escandalosas especulaciones y referente gélido en la fábula de la tribu, Marlene fue la novia de un Frankenstein centroeuropeo, en este caso el director Josef Von Sternberg, que la elevó por encima de los valores de la república de Weimar (1919-1933). Cuando escribimos por encima de los valores de la República de Weimar, afirmamos, en realidad, todavía más abajo: lo más lejano a la moral platónica, lo más cercano a las flores malignas de Baudelaire, Gautier, Swinburne, acariciando la estela de un Winckelmann travestizado en la Locanda Grande; en definitiva, Marlene es hija de un cabaret delirante donde campaba a sus anchas el hambre y la miseria, decorado de un Berlín invadido por las ratas, donde las excelencias guardaban sus alianzas para mantenerse intactas.

Al principio el Ángel Azul fue un pantallón de luz diáfana que escondía grandes ojeras; pero no era sólo eso; la diva se pintaba ojeras simulando su ambición en un abismo acolchado. La diva representaba una patología sin remedio, antídoto desastroso pero eficaz: su fatalidad se basa en lo contrario, un sentido caótico del orden, un suave, pero letal, afecto de tigresa.

No se equivoquen: no ha habido nada más autocontrolado que la carrera de la estrella que creó Josef Von Sternberg, ni nada más peligroso que la propia actriz descubriendo su calidad aurática, ni nada más elegante que su traición a quien le dio alas, ni nada más tormentoso que su rebelión contra las autorías ajenas, rompiendo con su mentor, adelgazando, resucitando, año tras año, cual Ave Fénix, hasta que el cine la expulsa de nuevo para fagocitarla, y así sucesivamente, recordemos los tardíos filmes *Berlín Occidente* (1948) o *Testigo de cargo* (1957).

Son esas instantáneas las que hacen que Marlene se transforme de objeto en mito; mito supranacional, obsesivo y obsesionante, mito sin Óscar, más mito todavía, figura de cartón piedra que late con un corazón vivo, veneno de las taquillas, esfinge sin secreto, pero aún así, siempre y clamorosamente fija en la retina de miles de espectadores en cuya memoria habita, eterna, clamorosa, caleidoscópica, pansexual: sublime.

Marlene no es un mito, es el mito contemporáneo por antonomasia.

Alfredo Taján es escritor